

AltoPerfil | Project Syndicate

El dilema del sistema bancario



Xavier Vives

Xavier Vives es profesor de Economía y Finanzas en la IESE Business School, Barcelona

Los encargados de los bancos centrales y a los reguladores les suele preocupar que un exceso de competencia en el sector financiero aumente la inestabilidad y el riesgo de colapso sistémico. Por su parte, las autoridades encargadas de velar por la competencia tienden a creer que cuanto mayor sea la competencia, mejor. Ambas partes no pueden estar en lo cierto. Entre la competencia y la estabilidad se da una relación de intercambio. En la práctica, una mayor presión competitiva puede aumentar la fragilidad de los balances bancarios y volver a los inversionistas más propensos al pánico; también puede deteriorar la capacidad de operación de las instituciones. Un banco que opera con márgenes estrechos y responsabilidad limitada no tiene mucho que perder, de modo que tenderá a correr riesgos. Esta tendencia se verá agravada por la existencia de garantías públicas sobre los depósitos y por las políticas dirigidas a proteger a las instituciones que son "demasiado grandes para quebrar". El resultado es un mayor incentivo a asumir riesgos. En el caso de bancos que es-

tán al borde de la quiebra en sistemas desregulados, hay pruebas irrefutables de la acción de este tipo de incentivos perversos. Después de que los sistemas financieros del mundo desarrollado comenzaron a liberalizarse en la década de los setenta, aumentó la cantidad y la gravedad de las crisis. Esta nueva vulnerabilidad contrasta con la estabilidad del período de exceso de regulación que siguió a la II Guerra Mundial. La crisis ocurrida en Estados Unidos en la década de los ochenta y las crisis de Japón y Escandinavia durante la década de los noventa pusieron de manifiesto que, sin una adecuada regulación, la liberalización financiera induce a la inestabilidad. En un mundo ideal, el dilema entre estabilidad y competencia se podría eliminar por medio de mecanismos de aseguramiento bien diseñados dependientes de los riesgos, procedimientos de liquidación y resolución creíbles, el uso de obligaciones convertibles contingentes y la imposición de requisitos de capital con mayores cargas para las instituciones con influencia sistémica. El problema es que la regulación difícilmente eliminará por completo las fallas del mercado, de modo que la

tensión entre competencia y estabilidad se puede mitigar, pero no anular. Por ejemplo, la Comisión Bancaria Independiente del Reino Unido (ICB, por sus siglas en inglés) propuso mantener las actividades minoristas de las instituciones bancarias separadas de sus actividades de banca de inversión. Se trata de una solución intermedia que busca minimizar los incentivos a correr riesgos aprovechándose del respaldo de las garantías estatales, sin dejar de permitir ciertas economías de escala en las actividades bancarias. Pero incluso en el mejor de los casos el dilema entre competencia y estabilidad no desaparecerá. Un defecto de la propuesta está en el hecho de que la crisis golpeó tanto a bancos universales como a especializados. Además, el trazo de un límite entre banca de inversión y actividades mino-

"Una mayor presión competitiva puede volver a los inversionistas más propensos al pánico"

ristas dejaría una enorme zona gris y generaría incentivos perversos. Queda en pie también el problema de las fronteras regulatorias: las actividades de riesgo podrían migrar a áreas con normas menos estrictas, y se repetiría el problema que se vio durante la crisis, con la existencia de un sistema bancario en las sombras. Es decir que si las operaciones de banca de inversión llegaran a plantear una amenaza para el sistema, tal vez sería necesario acudir en su rescate. El enorme fracaso regulatorio que quedó de manifiesto por la crisis financiera iniciada en 2008 subraya la necesidad de concentrarse en introducir reformas que creen los incentivos correctos para los bancos. Pero en la medida en que el pasado sirva de ejemplo para el futuro, debemos ser conscientes de que la regulación también tiene sus límites. Aunque en el Reino Unido la ICB no se equivoca al declarar que hay posibilidades de mejorar tanto la competencia como la estabilidad, vista la debilidad del marco regulatorio actual, sería imprudente pretender una eliminación total del poder del mercado en el sistema bancario. El diseño de una regulación óptima debe tener en cuenta

la intensidad de la competencia en los diferentes segmentos bancarios. Por ejemplo, las exigencias de capital deberían depender del grado de fricción y rivalidad del sector bancario en cuestión, con requisitos tanto más estrictos cuanto más competitivo sea el contexto. Se deduce entonces que es necesaria una coordinación entre la regulación prudencial y las políticas destinadas a fomentar la competencia. Esto vale sobre todo para las situaciones de crisis, para las que se debería implementar un protocolo de colaboración que permita diferenciar entre ayudas dirigidas a resolver problemas de liquidez y recapitalización; y estipular condiciones para los procesos de reestructuración, a fin de evitar distorsiones del marco competitivo. ¿Qué consecuencias hay respecto de la estructura del mercado? En mercados de ahorro y préstamo bien definidos, la concentración está estrechamente relacionada con la presión competitiva: cuanto más concentrado el mercado, peores suelen ser las condiciones que los bancos ofrecen a sus clientes. La crisis afectó tanto a sistemas bancarios concentrados como a sistemas no concentrados. En ambos casos, se produjo una consolidación

que dejó menos jugadores con más poder de mercado y un tamaño que los convierte en "demasiado grandes para quebrar". Esto no sería tan grave si el poder de mercado de las instituciones fusionadas fuera una recompensa temporal por haber tenido un comportamiento prudente en el pasado. En ese caso, las ventajas irían menguando conforme entren a la arena bancaria nuevos competidores. Pero si el aumento del poder de mercado de los bancos obedece a la presencia de barreras contra la entrada de nuevos competidores, los perjudicados serán los consumidores y los inversores. Se necesita entonces una política activa que fomente una mayor competencia bancaria. Pero la capacidad de las autoridades para lograr ese objetivo depende inexorablemente del marco regulatorio. De modo que es preciso corregir y fortalecer ese marco, sin olvidar que pretender maximizar por mandato la presión competitiva en el sistema bancario sería tan inútil, e incluso indeseable, como intentar eliminar por el mismo medio cualquier forma de inestabilidad.

Traducción: Esteban Flamini



PETRÓLEO, CULTURA Y PODER EN VENEZUELA

María Sol Pérez Schael

"...un penetrante estudio del petróleo como alegoría y símbolo de una psicología cultural, un descenso a los "fundamentos cognoscitivos y valorativos" que subyacen a la organización de la política petrolera y a los discursos sobre nuestro principal recurso económico"

Axel Capriles



Síguenos en: Twitter: @libroElNacional /www.facebook.com/ librosElNacional Información y pedidos: (0212) 2033946, libros@el-nacional.com o a través de www.tecniciencia.com



China hoy



Beatriz de Majo
beatrizdemajo@gmail.com

El nuevo hegemon

Estamos a menos de dos lustros del momento en que China podría sobrepasar la economía estadounidense en tamaño. Así lo piensa el profesor Arvind Subramanian, del Peterson Institute for International Economics. China nos dará la sorpresa de su supremacía más temprano de lo previsto e incluso, dependiendo de cómo se mida, pudiendo ser que ya la del coloso asiático sea la economía más grande de la Tierra. Lo que sí es claro es que para 2030, mientras el PIB de Estados Unidos alcanzará 12% del global mundial, China ya sumará 23% de ese total. Y los intercambios de

China a escala planetaria serán el doble de la talla de los norteamericanos. La gravitación China en los asuntos del orbe será tan relevante como fue la de Gran Bretaña hace un siglo o la de Estados Unidos en los años setenta. Si Subramanian acertara en sus cálculos, el eje de la influencia económica internacional habrá migrado de Estados Unidos para ubicarse en el seno de su socio asiático, dejando a los multipolaristas con los crespos hechos, en la espera de un mundo ideal en el que deberían convivir múltiples líderes equiparables en talla. Pues no, China los habrá sobrepasado a todos.

Las proyecciones del académico toman en cuenta el impacto del frenazo que la actual crisis de los mercados y la recesión de Estados Unidos y la Unión Europea tendrán en las cifras que se cocinan en Pekín. China podría crecer en los próximos 20 años a una tasa que es 3,3% menos que lo que creció en las dos últimas gloriosas décadas de su desenfreno económico, pero aun así, el país podría exhibir un muy honroso average de 5,5% de expansión hasta 2030. Y si esto lo contrastamos con el promedio de 1,7% de crecimiento que pudiera recuperar Estados Unidos en esos mismos 20 años, es lógico pensar que América caerá por debajo de la potencia asiática en talla en menos tiempo del anticipado.

No debe ser motivo de inquietud, para el mundo libre sin embargo, la desproporción de dimensiones que está en camino de fraguarse en la medida en que el gigante crece y crece y arropa con su tamaño a todos los otros grandes de la escena global. Porque no es lo mismo ser el más grande que ser el más rico, el más eficiente o el verdadero pivote mundial. En el camino acelerado hacia su supremacía en tamaño China habrá de vencer serios escollos a lo interno: la democratización de la expansión, la incorporación de la China rural al despegue económico, el envejecimiento de su población, la instauración y respeto de las libertades. Es que la talla comporta exigencias dentro del entorno global en el que se moverán

los sucesores de Hu Jintao. El prematuro liderazgo internacional impone una mayor dosis de equidad interna y para 2030 China gozará sólo de la mitad del estándar de vida de los americanos del momento y apenas alcanzará el de los europeos de hoy. Y un hegemon requiere igualmente de instituciones sólidas que sustenten y equilibren el poder, lo que aun China no tiene en el horizonte. Lo que es evidente es que un país que alcanzó y mantuvo su cenit y su espiral de crecimiento gracias al libre mercado y a la apertura económica, hará poco por imponer desde su posición dominante, un modelo diferente al que lo benefició nitidamente. Al menos eso debemos esperar.